

sobre Iturbe y sus inmediatas y penosas consecuencias, constituirían una extraordinaria historia de Méjico), Madero, la Constitución de 1917, que es la lacta que el Méjico católico tendrá que borrar algún día para ser la gran nación católica que la Guadalupeana y el heroísmo cristero exigen, y ahora Garrido Canabal, que es pretexto para ocuparse de unos años especialmente trágicos de la historia de Méjico sobre los que sin duda volverá al ocuparse de Cárdenas.

Ya quisiera España contar con una historia de sus dos últimos siglos como la que Abascal escribió de su patria desde el bando católico que, generalmente, abandonó este sector a los enemigos de la Iglesia.

Garrido Canabal es para Abascal, como decimos, el hilo conductor para introducirse en esos años agitados en los que la masonería y la revolución terminaron de consolidar su dominio sobre Méjico. Pudo haber elegido otro personaje, ciertamente, pero éste vale perfectamente para su propósito. De familia pudiente, estudiante cuando la revolución carrancista, será el revolucionario por excelencia en Tabasco, cifrándose su programa en el trilema: «Sin Dios, sin curas, sin iglesias». No es necesario comentar más. Esos tres postulados se encierran en uno. El odio al catolicismo.

Poco consiguió, pese a sus sanguinarias campañas. Lázaro Cárdenas, el triunfador final, no quería a Garrido y menos lo quería en Méjico. Avila Camacho le permite el regreso. Garrido Canabal no quiere pasar por su Tabasco en el cual la religiosidad del pueblo vuelve a levantar las iglesias que él destruyó. También estaba bastante de vuelta Garrido de sus ideas comunistas. O, al menos, eso manifestaba.

Uno de sus hijos se llamaba Lenin. Tuvo especial empeño en morir fuera de la Iglesia. Pero su obra fue un inmenso fracaso. Méjico sigue siendo católico: Con Dios, con curas y con iglesias.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

*Fernando Rivera Barroso: AÑO 2000 (\*)*.

Fernando Rivera es el Gerente General de *Ediciones Promesa* de México, dedicada a la propagación del pensamiento católico. Recientemente, patrocinada por FUNDICE, entidad de similares fines, de la que Rivera es vocal de difusión, le ha publicado un libro titulado *Año 2000*, en el que pronostica, según figura en la

(\*) Ediciones Promesa, México, 1988.

portada, que en el tercer milenio, que se acerca, el mundo será de Cristo. En apoyo de su aserto cita varios párrafos pontificios, como el siguiente: «El tercer milenio del cristianismo está ya a las puertas. Que el alba de este nuevo milenio se encuentre con una Iglesia que ha hallado su plena unidad» (Juan Pablo II. Homilía en la catedral del Espíritu Santo en el Fauar, durante la visita al Patriarca Dimitri I, el 29-30 de noviembre de 1979). Sentimientos compartidos por el expresado Patriarca el 17 de junio de 1980 en que manifiesta su pretensión de «acelerar la llegada de ese santo y glorioso día deseado por todos en el que concelebrems en plena comunión» (*L'Osservatore Romano*, 3-8-80). Palabras similares a otras intercambiadas en visitas posteriores con interlocutores igualmente pertenecientes a la Iglesia Ortodoxa. El camino será el ecumenismo, relanzado por el Concilio Vaticano II, movimiento irreversible, según palabras de Juan Pablo II, y que aspira a la «plenitud de comunión en una unidad visible y orgánica» (En su visita a Nueva Zelanda, el 30-11-86). Para allanar este camino, ya Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, levantaron las recíprocas condenas de las dos Iglesias. Será, a juicio de Rivera, la civilización del amor, basada en la sentencia *Ama y haz lo que quieras*.

La obra, de unas 150 páginas, se divide en cinco capítulos y contiene numerosos cuadros y estadísticas sobre la situación actual de la Iglesia en diferentes partes del mundo, así como varios apéndices con citas religiosas, especialmente textos pontificios.

Pese al sombrío panorama que presenta el mundo contemporáneo y hasta la misma Iglesia después del Concilio Vaticano II, en la que a veces parece observarse una verdadera autodemolición, al haber penetrado en ella el humo de satanás, según expresiones de Pablo VI, que tanto sufrió por tal situación, Rivera procura a todo trance encontrar motivos alentadores y de esperanza, apoyándose en textos del Concilio citado y en hechos que interpreta con visión optimista.

Los textos principales aludidos son la *Apostolicam Actuositatem*, la *Gaudium et spes* y las normas específicas del Sínodo sobre los laicos de 1987.

Entre los hechos, la intensificación del ecumenismo, el diálogo con los diferentes grupos cristianos, con los judíos, con los musulmanes, con los ateos, etc., alabando la evangelización protestante y el encuentro de Asís.

Las razones de nuestra esperanza, las encuentra en la sangre de numerosos mártires modernos y en la obra del Espíritu Santo que actúa sobre los hombres.

He aquí algunos párrafos:

«La vivencia auténtica del Islam dará a la civilización del amor la bondad del aprecio por el ayuno corporal, de la prudencia frente al alcohol y la disposición hacia la austeridad. La religiosidad musulmana monoteísta nos dará su piedad y su concepto práctico de sacralidad en la sociedad. Estos valores al cristianizarse o ser integrados a la civilización del amor, ennoblecerán la alabanza que recibirá Dios en esta próxima era de la humanidad» ... «En China también opera el Espíritu Santo. Lo hace siempre, como en todos los pueblos paganos o cristianos», elogiando a continuación la moral natural de Confucio, sobre el que dice: «Confucio triunfará, la benevolencia será caridad y el mundo de gran armonía será la civilización del amor» ... «Una mención particular es debida al Tibet y su Dalai-Lama, exiliado en la India. Pese a su persecución y adoctrinamiento oficial contra el budismo, esta llama de espiritualidad no ha sido apagada por el chino comunista invasor». En Corea el crecimiento del catolicismo es notable, y en Japón, lento pero eficaz ... «En la India vemos una civilización que mantiene una memoria y un sentido de continuidad de más de 50 siglos y que, en frase de Pablo VI ha buscado a Dios con deseos insaciables»; considerando a Gandhi como una intrusión de la Providencia, «por el que brilla más la vida de las religiosas de la madre Teresa de Calcuta, cuya labor, entre los más pobres de los pobres habría encontrado mucha mayor dificultad sin el trabajo previo de ablandamiento que Gandhi ejerció sobre el rigor indú» ... «Norteamérica aportará a la civilización del amor su capacidad de inventiva científica y tecnológica, su experiencia en el conjuntar nacionalidades diversas sin que pierdan su fisonomía, y dará apoyo táctico al avance práctico de la nueva era».

No hay duda de que lo bueno es elogiado en cualquier parte que se encuentre. Como afirmaba un célebre filósofo judío medieval español —Dom Sem Tob de Carrión— «non vale el azor menos porque vil nido siga, ni los exemplos buenos porque judío los diga».

Naturalmente, Rivera no propugna, como expresamente dice, un síncretismo religioso, sino que desea la unidad en el seno de la Iglesia Católica, mediante una eficaz evangelización, encontrando condiciones favorables para la misma en el aumento reciente que observa en las vocaciones religiosas.

Pero un desproporcionado afán ecumenista y la tendencia a excesivas concesiones con destemperadas alabanzas prácticamente indiscriminadas a lo ajeno que a veces parece que implican un

tácito menosprecio de lo propio, es peligroso, sobre todo, con carácter general y popular, si no se toman las debidas precauciones, pues presenta un parecido superficial o externo en cualquier expresión de espiritualidad o transcendencia, lo que fácilmente conduce a una equiparación de todas las religiones que pronto lleva a elegir la más cómoda, después a elaborar una a la medida de los propios gustos o preferencias y por último al indiferentismo y ateísmo práctico. En la práctica, así vemos que ocurre. Y en un plano más teórico, sirvan de ejemplo las supuestas apariciones en Medjugorje (Yugoslavia), en que los pretendidos videntes manifiestan que la Virgen les dice que es indiferente cualquier religión con tal que se alabe a Dios y se procure hacer el bien. Han suscitado fuerte polémica, siendo rechazadas por la jerarquía eclesiástica.

Estamos seguros de que no es este el criterio de Rivera.

G. A. C.